

In memoriam

Pedro Arrupe, S.I. Prepósito General de la Compañía de Jesús 1907-1991

La muerte de Pedro Arrupe nos lleva a recordar los mejores momentos de la Compañía de Jesús y a agradecer a Dios por habernos dado a este hombre entrañable que se metió en el corazón de todos.

No es fácil explicar en pocas palabras quién fue Pedro Arrupe. Ignacio Ellacuría lo resumió en las siguientes palabras, "el padre Arrupe fue hombre de los hombres, hombre de Dios y hombre de la historia".

El padre Arrupe fue hombre de los hombres, pues siempre miró la totalidad de este mundo, fijándose más en aquella parte más abandonada y adolorida. En efecto, el padre Arrupe tuvo ojos para ver la deshumanización del mundo de muchas maneras, pero sobre todo por la terrible pobreza e injusticia del tercer mundo. Lo miró con ojos de misericordia, tal como lo pide san Ignacio de Loyola en la meditación de la encarnación, en la cual, además, recomienda al ejercitante reaccionar ante esa realidad de miseria humana "haciendo salvación". El padre Arrupe, en su austero despacho, tenía colocada una gran fotografía de la tierra vista desde el espacio para recordarse a sí mismo, decía, "que en realidad somos todos hijos y responsables de un mismo planeta", y añadía, "y para no olvidarme nunca que los problemas hay que verlos e intentar resolverlos a nivel planetario, y no sólo a través de las ventanas del Vaticano".

La congregación general de la Compañía de Jesús de 1975, presidida y animada por el padre Arrupe, se planteó seriamente qué hacer para ayudar a salvar a este mundo. Su respuesta fue exigir a todos los jesuitas "la defensa de la fe y la promoción de la justicia". Fe y justicia, que Dios había unido desde el principio y que la Iglesia y la Compañía de Jesús habíamos separado a lo largo de la historia, es lo

que el padre Arrupe exigió y animó a todos los jesuitas a comprometerse con ellas. Aquí, en El Salvador lo sabemos muy bien. Antes de 1975, la provincia centroamericana tuvo algunas tensiones con su curia cuando comenzaba a dar los primeros pasos en la dirección de la justicia. Pero aclarados los primeros mal entendidos, el padre Arrupe siempre apoyó a los jesuitas de esta provincia. En enero de 1976, cuando explotó la primera de las quince bombas de la UCA, el padre Arrupe escribió en seguida. No nos acusó de estar metiéndonos en política, ni nos llamó a la prudencia. Nos animó a seguir. Y con uno de esos gestos tan suyos, nos envió un donativo personal de cinco mil dólares para la universidad, como queriéndonos decir, "reparen cuanto antes los daños y sigan trabajando". Poco después fue asesinado el padre Rutilio Grande. Más tarde, los escuadrones de la muerte amenazaron de muerte a todos los jesuitas del país. De nuevo, el padre Arrupe no se asustó. Su recomendación fue no salir y seguir trabajando. El mismo quiso venir al país para animar personalmente, pero sus asistentes generales no se lo permitieron. Esta fue su manera de proceder respecto a El Salvador, al resto de Centroamérica y con todo el tercer mundo.

El padre Arrupe llevó a cabo la opción por la fe y la justicia de una manera muy suya, muy humana y muy cristiana; y, ante todo, con misericordia. Cuentan que una mañana de 1981 reunió a sus asistentes generales y los sorprendió con la siguiente iniciativa: la Compañía de Jesús tenía que organizar inmediatamente un servicio para ayudar a los refugiados. Su iniciativa se debía a que la noche anterior había escuchado la noticia de los barcos vietnamitas cargados de refugiados, navegando a la deriva sin que ningún puerto los acogiera. Y al padre Arrupe, como a Jesús, se le conmovieron las entrañas.

El padre Arrupe también sabía el precio que había que pagar por la defensa de la fe y la promoción de la justicia, tal como está escrito sobre la tumba de nuestros mártires. De hecho, treinta y tres jesuitas han sido asesinados en el tercer mundo desde 1975. El también aceptó pagar el precio. Su defensa de los jesuitas de El Salvador y "el apoyo crítico" a la revolución sandinista que recomendó a los jesuitas de Nicaragua le costaron muchos sufrimientos, mucha marginación y mucha soledad. Pero ejerció la fortaleza para mantenerse en su opción hasta el final.

El padre Arrupe tuvo que tomar decisiones difíciles y dolorosas, pero siempre procedió con gran delicadeza. En 1980 recibió quejas del Vaticano contra los padres Ellacuría y Sobrino, porque a la curia romana le parecía demasiado peligrosa su teología en favor de la justicia y desde la opción por los pobres. El padre Arrupe transmitió personalmente las quejas a los dos jesuitas y les pidió que las escucharan con fe y humildad y que contestaran con honradez. Pero también en la

misma carta decía que en cuanto había recibido las quejas había enviado a uno de sus asistentes generales para comunicar al Vaticano que él salía garante de la fe de ambos jesuitas.

El padre Arrupe siempre irradiaba una increíble esperanza, de modo que podían tildarlo de visionario y hasta de ingenuo. El padre Arrupe comunicaba una inamovible fe en la bondad de Dios y en las posibilidades de bondad de los seres humanos. Creía —él había sido testigo de la bomba atómica de Hiroshima— que, a pesar de todo, la historia podía cambiar a mejor y que en el fondo de los seres humanos existe un reducto de bondad, que siempre se puede poner a producir. Esto, que para unos era ingenuidad y para otros ilusión utópica, es la esperanza que nos humaniza a todos.

Este hombre de los hombres fue también un hombre de Dios. Todos los que le conocían quedaban cautivados por su amor sincero y profundo a Jesucristo, por su larga oración, por su sentida devoción a la celebración de la eucaristía. La teología del padre Arrupe expresaba lo decisivo y lo más importante: una profunda fe en Dios, un inmenso amor a Jesucristo y un gran amor a los hombres. El padre Arrupe no antepuso nada a la voluntad de Dios y no puso su corazón con ultimidad en nada que no fuese Dios. Con toda sencillez, dejó a Dios ser Dios.

El padre Arrupe amó a la Compañía de Jesús con todo su corazón, pero nunca la absolutizó, sino que llegó a poner en peligro su tradicional prestigio y buena fama dentro de la Iglesia —y, en algunos momentos, casi hasta su existencia— por la opción por la fe y la justicia. Y de ello era bien consciente, pues en su largo generalato tuvo que constatar las dolorosas consecuencias de esa opción. Durante su gobierno se produjeron terribles divisiones internas, intentos fallidos, incluso aplaudidos por algunos obispos, para fundar una Compañía paralela y contraria a la línea del padre Arrupe y de la congregación general. El número de los jesuitas descendió en unos ocho mil, porque la Compañía de Jesús abandonó su cerrado mundo anterior y se encarnó en el mundo de la injusticia y de la increencia, nada de lo cual es fácil. La Compañía de Jesús perdió antiguos amigos y bienhechores, y se ganó poderosos enemigos que la han atacado y perseguido hasta el asesinato. La Compañía de Jesús ha tenido serias dificultades con los tres últimos papas —con Pablo VI, al final de su pontificado; con Juan Pablo I y con Juan Pablo II—, quienes, aunque no han entendido su opción fundamental, la han criticado. En 1981 se llegó al extremo de la intervención papal, hecho insólito en la historia de la Compañía de Jesús. Personalmente, el padre Arrupe tuvo que pasar —quizás ése fue su mayor sufrimiento— por la incomprensión del Vaticano hacia su persona, cuando él era tan fiel al papa.

San Ignacio de Loyola decía que si la Compañía llegaba a disolverse como sal en el agua, le bastarían quince minutos para recuperar la calma. Son palabras de un santo que muestran la calidad de su fe. Al padre Arrupe le tocó, al igual que a san Ignacio y que a todos los jesuitas, ponerse delante de un Dios mayor que todas las cosas e incluso mayor que la Compañía de Jesús. El padre Arrupe mantuvo la opción por la justicia hasta el final, porque creyó honradamente que ésa era la voluntad de Dios y, de esa forma, nos ha mostrado a todos que realmente puso su fe en Dios.

El padre Arrupe fue, por último, un hombre de la historia y de una historia muy cambiante. Le tocó abandonar las formas religiosas tradicionales de sus primeros años en Europa, Estados Unidos y Japón, y adentrarse en la gran novedad del concilio Vaticano II. Y después le tocó ser testigo de la involución, "el invierno eclesial" —como dijo Karl Rahner, otro gran jesuita de nuestro tiempo. Si pasar de lo tradicional y conocido a lo novedoso y desconocido fue difícil, aunque gozoso, mucho más difícil fue mantener el espíritu de lo nuevo en medio de la involución y aceptar el dolor de verlo desaparecer poco a poco. Pero el padre Arrupe se mantuvo fiel. En esa historia cambiante, el padre Arrupe, como el profeta Miqueas, vio siempre con claridad lo que tenía que hacer: practicar la justicia y amar con ternura. Pero todo ello, en medio de la historia cambiante y, en sus últimos años, en oscuridad. Lo impresionante del padre Arrupe es que siguió caminando en la historia humildemente y siempre con su Dios.

Muchas otras cosas pueden decirse del padre Arrupe, pero esto es lo más importante y esto es lo que nos ofrece: ser hombre de los hombres, de Dios y de la historia.

Para terminar recordemos las palabras de dos creyentes, salvadoreños y mártires. Ignacio Ellacuría dijo del padre Arrupe que fue "el Juan XXIII de la vida religiosa". Y en efecto, el padre Arrupe abrió las ventanas de una Compañía de Jesús enrarecida ya para el mundo de hoy y dejó que, a través de esas ventanas abiertas, penetrasen el aire fresco, la luz y el viento del Espíritu. Monseñor Romero fue a visitarlo el 25 de junio de 1978 para buscar en él consuelo y ánimo en sus propias dificultades con el Vaticano. En su diario nos ha dejado estas palabras, "el padre Arrupe es un hombre muy santo y se ve que el Espíritu de Dios lo ilumina".

El padre Arrupe está ahora en el corazón de muchos, de los mártires, de los religiosos y de las religiosas, de los cristianos y de los hombres y de las mujeres de buena voluntad en todo el mundo, quienes vieron en él la presencia de Dios entre nosotros. Los pobres del tercer mundo, los pueblos crucificados, quizás no conocen su nombre, pero él vivió para ellos sus dieciséis años de vida activa como superior general

de la Compañía de Jesús y por ellos y como ellos sufrió sus diez últimos años de silencio e impotencia.

